

denso como el del principio. Y supone, también, que éste no era sino el resultado de un análogo proceso anterior. Formula, así, el modelo de un cosmos «pulsante», infinitamente repetido en el tiempo.

Pero, ¿hay datos empíricos que avalen esa extrema hipótesis permanentista de la infinitud?... Veámoslo:

Desde luego, ocurre que allí a donde llegan los medios de penetración más perfectos (telescopios y radiotelescopios), el aspecto del espacio es igual en todas partes, cerca y lejos. Las galaxias se distribuyen con arreglo a una proporción muy análoga y mostrándose de todas las edades: irregulares, espirales y elípticas. En todo el espacio parece como si se pudieran formar galaxias nuevas y, pese al alejamiento mutuo que se detecta con el espectrógrafo, siempre las hubiera de repuesto para mantener las distancias y la distribución.

Por otra parte, los expansionistas cifraban el momento de la explosión del gran átomo genésico en unos cinco mil millones de años atrás, edad calculada de nuestro sistema solar. Ahora bien, a esa distancia hemos llegado con los actuales aparatos de observación. Pero téngase en cuenta que eso no es un alcance en el espacio sólo, sino más bien en el tiempo. Debido a lo que tarda la luz en llegar de un sitio a otro (300.000 kilómetros por segundo), lo que vemos a trillones y billones de kilómetros hay que reducirlo a una distancia de cinco mil millones de años/luz, es lo que ocurrió hace cinco mil millones de años y no lo que está ocurriendo ahora. Y la explosión del átomo primigenio no aparece por parte alguna. Los expansionistas han ido retrorrayendo las cifras de datación del suceso; pero los telescopios van dando alcance a esas cifras, y lo que encuentran es el sereno y conocido espectáculo de las galaxias flotando por doquier proporcionadamente: cerca, tal y como ahora; lejos, tal y como hace miles de millones de años. Siempre con arreglo a una fisonomía cósmica análoga y repetida.

Mas he aquí un problema insalvable: si algún día llegamos a profundizar hasta zonas tan distantes del espacio como para que sus galaxias retrocedan a más de 300.000 kilómetros por segundo (ya sabemos que a más distancia, más de prisa se alejan), esas galaxias no podríamos verlas. Escapando a una velocidad superior a la de la luz, la suya —obviamente— no puede llegar hasta nosotros. De modo que si el universo no es infinito —como quieren Bondi y sus seguidores—, para nosotros, a la postre, como si lo fuera. Otra vez nos encontramos ante lo Insondable, lo absoluto, el misterio. ¿Ha dejado nunca de ser así?... ■ CARLOS ALFONSO. Fotos: Observatorio Nacional.

**BOSC**

